
Universidad y Fronteras

University and Borders

Arturo Sosa A., S.I.

Universidad Católica del Táchira.(UCAT)
Táchira -Venezuela

“La frontera en la vida de las personas y de los pueblos es un signo desafiante. Representa los límites de la realidad misma o los límites impuestos de unos sobre otros. Representa, al mismo tiempo, la posibilidad de ir más allá de los límites iniciales, de avanzar hacia zonas menos conocidas e ideales. Representa el desafío de trascender lo que somos para acercarnos a lo que debemos ser, y finalmente de abrirnos al enteramente Otro, a Dios.

Las fronteras geográficas son apenas una de las manifestaciones de los límites con los que se encuentra o se imponen a las personas humanas y a los pueblos que habitan la tierra. Topamos con muchas otras fronteras en nuestra vida: Fronteras de tipo intelectual, fronteras culturales y socioeconómicas, fronteras personales de la psicología de cada uno, fronteras espirituales que nos impiden acercarnos a Dios.”

Estas palabras fueron dirigidas por el Superior General de los Jesuitas, Peter-Hans Kolvenbach, en su visita a la Universidad Católica del Táchira en febrero de 1998. Constituyen un excelente punto de partida para la reflexión que quisiera compartir con Ustedes en esta mañana en este momento conclusivo del **I Seminario Internacional, la frontera en su tejido social**, organizado con certera intuición y constancia organizativa por el Núcleo de Frontera de la UPEL, a quienes agradezco de corazón esta oportunidad de estar entre académicos motivados a conocer más y mejor nuestra realidad fronteriza a fin de encontrar más y mejores caminos de vida para sus habitantes.

Desde la perspectiva personal, social y académica que nos ofrece la frontera como realidad geográfica y oportunidad humana les propongo seis desafíos

fronterizos desde nuestra condición de universitarios estrechamente relacionados con la compleja sociedad en la que vivimos.

Primer desafío fronterizo: superar los límites del industrialismo racionalista

La expansión a todo el planeta del modelo de relaciones culturales, sociales, económicas y políticas de los países llamados desarrollados desde la perspectiva de la modernidad industrial no es posible ni deseable. La época industrial ha permitido un acelerado desarrollo de la vida humana en todas las dimensiones, en un tiempo más breve que épocas históricas anteriores. El legado de la era industrial a la humanidad, en cuanto a la creación de bienes civilizatorios, es enorme. Al mismo tiempo ha mostrado sus límites especialmente en el tipo de relaciones que crea entre los seres humanos, sus instituciones y los recursos del planeta.

Se ha mostrado claramente el límite de una concepción ingenuamente optimista de la racionalidad humana. Se ha tomado conciencia, por ejemplo, de que la creatividad de la técnica para encontrar caminos alternos a la amenaza que representa la expansión del industrialismo para el ambiente en el que se desarrolla la vida en la tierra, no es inagotable. El industrialismo fundado en el racionalismo, como modelo de pensamiento, ha perdido vigencia. En este momento de la historia humana sabemos que pensar en el futuro sobre esas bases es imposible.

Una consecuencia, por tanto, del cambio de época que vivimos es la necesidad de desarrollar un pensamiento alternativo, complejo, capaz de dar cuenta de la diversidad de la realidad histórica y natural en la que se desenvuelve la vida humana y contribuir eficazmente a la consecución de las condiciones para una vida de calidad para todos los seres humanos. La Universidad ha sido una eficaz creadora de pensamiento racional moderno y una eficiente multiplicadora de la transmisión del conocimiento propio de la modernidad industrial. Se encuentra ahora ante el desafío de participar en la generación y transmisión del pensamiento complejo capaz de dar cuenta de la diversidad de la realidad que se nos ha hecho patente y contribuir a producir un modelo sostenible de vida humana de calidad.

También se ha mostrado la imposibilidad de la concepción industrial-racionalista de aprehender la multiplicidad entrelazada de las dimensiones que constituyen la vida humana y sus condiciones de permanencia en el largo plazo. En la dimensión colectiva, pública o política se manifiesta claramente este límite del racionalismo industrialista. Algunos ejemplos que muestran como el modelo racionalismo industrialista no solo insostenible en el largo plazo sino que tampoco es deseable son:

- A. Las caras de la violencia, producto de la agudización de la injusticia estructural de las relaciones entre los seres humanos se han hecho más variadas, intensas, interrelacionadas y riesgosas. Se ha producido una violencia multiforme, que afecta la calidad de las relaciones humanas, tanto en el campo como en la ciudad, llegando a condicionar la vida de grupos cada día más extensos.
- B. La erosión de la diversidad cultural que lleva al debilitamiento de culturas muy antiguas, y a la exclusión de grandes grupos de seres humanos, obligados a abandonar sus culturas para insertarse marginalmente en el esquema dominante.
- C. La implantación del beneficio económico individual como el valor primordial que orienta las ideas, prácticas y comportamientos institucionales de la mayor parte de la humanidad.

La conservación y mejor aprovechamiento de los enormes e importantes avances humanos producidos por la era industrial requiere la superación de su modelo de pensamiento y de relaciones económicas, políticas, sociales y culturales.

Segundo desafío fronterizo: superar el límite de cortoplacismo y el interés particular

La sostenibilidad de la vida humana en el planeta es la prioridad del modelo de pensamiento y relaciones que es necesario concebir y construir para superar positivamente la era industrial y convertir esta nueva época en un paso cualitativo hacia la humanización de la historia.

La primera condición para dar ese paso es lograr un pensamiento y unas relaciones sociales caracterizados por una clara visión y compromiso con el largo plazo, de modo que no sea sacrificado por las metas de corto plazo. Hoy día, desde los países más pobres se observan con cierta envidia el fulgurante desarrollo de China e India. En revistas y medios de educación se aplauden los altos y sostenidos indicadores de crecimiento de estos dos países. Sin embargo, pocas veces se hace la reflexión sincera sobre la sostenibilidad a largo plazo del modelo económico que produce ese crecimiento y de cómo se verá afectado el resto del planeta con la expansión de este modelo en dos de las sociedades más grandes del mundo.

Se evitan sistemáticamente preguntas como si existe suficiente combustible fósil para alimentar los procesos industriales ya existentes en los llamados países desarrollados con la incorporación de China, India, el resto de Asia, África y América Latina, así como las consecuencias ambientales de su uso masivo. Las preocupaciones, alertas y recomendaciones de eventos como la Cumbre de la Tierra en el año 2000, acerca de la amenaza de la biodiversidad o al ciclo del agua, desaparecieron en los archivos y gavetas de sus promotores.

Las universidades seguimos preparando profesionales para gerenciar el modelo industrial. En ellas tampoco es fácil encontrar el espacio para las preguntas de mediano y largo plazo o para que estas se conviertan en el origen de un nuevo enfoque del crecimiento económico y el desarrollo humano sostenible como eje de la investigación, la formación y las relaciones Universidad-sociedad.

Una de las características más preocupantes del cambio de época actual es la creciente desafección por la política y la disminución de la participación ciudadana en las decisiones a todos los niveles, local, nacional, regional o mundial. La hipervaloración del interés individual y el crecimiento económico que lo garantice, dentro de la lógica del mercado, ha separado en la práctica cotidiana las metas personales del medio ambiente o espacio público (polis) en el que se desenvuelve tanto la vida colectiva como la individual.

La constitución de un sujeto político, dotado de un pensamiento complejo sobre los desafíos del cambio de época y un compromiso con el largo plazo de la

sostenibilidad de la vida humana en la tierra, es, quizá, el mayor de los desafíos actuales de la humanidad.

En la dinámica de un mundo globalizado e interdependiente resulta engañoso confiar en que la convergencia de las decisiones individuales o parciales encontrará el camino hacia la justicia social y la inclusión, corrigiendo el rumbo inercial del industrialismo racionalista y las instituciones sociales y políticas surgidas en la modernidad. Es necesaria una acción consciente, colectiva, fruto de un proceso de toma de decisión orientado a ese objetivo de la justicia social y el equilibrio ecológico.

Tercer desafío fronterizo: hacerse ciudadano de la nueva época

El rescate de la política es una condición para la existencia de un pensamiento que tenga como prioridad el largo plazo de la sostenibilidad de la vida. La política la hacen los ciudadanos, es decir, quienes son capaces de relacionar los intereses comunes con sus intereses individuales quienes son capaces de ver las consecuencias a mediano y largo plazo de sus decisiones de corto plazo.

El ciudadano de la nueva época requiere una visión mundial o planetaria de los intereses comunes en cuyo centro está planteada la posibilidad de una humanidad, con una alta calidad de vida que asegura la sostenibilidad del planeta en el largo plazo.

El ritmo del proceso globalizador de las actividades económicas ha resultado mucho mayor y más rápido que el de las relaciones políticas. Esa brecha hace que la economía globalizada sea una dimensión ingobernada con tendencia a hacerse ingobernable o, lo que es peor, a convertirse en la que gobierna el conjunto de las relaciones humanas. No cabe duda de que una globalización con estas características en nada contribuye a la humanización de la historia.

Una comunidad política global, a través de la cual se garantice la toma de decisiones inspirada en una ética humana regida por la solidaridad, es una de las necesidades del momento histórico.

El desafío no se limita a la constitución de un “gobierno mundial” eficaz, surgido de la prolongación de los gobiernos nacionales y sus alianzas o del perfeccionamiento de las instituciones multilaterales, ni siquiera de las Naciones Unidas, como han existido en sus primeros cincuenta años.

El desafío consiste en desarrollar la condición ciudadana de los habitantes del planeta tierra con una visión de “intereses mundiales” (o planetarios) y conciencia de la densidad histórica de las decisiones que se toman para moldear el futuro, a través de instituciones capaces de encarnar esos intereses comunes.

El desarrollo de la época moderna ha puesto de manifiesto la importancia de la libertad humana y de las consecuencias de vida o muerte que tiene su ejercicio. La libertad es la capacidad de elegir, de escoger una alternativa entre varias posibles. La libertad es la condición de posibilidad de la ética, la política y la historia.

La ética es indisolublemente asociada a como se formula lo que es el ser humano y como se ejerce la condición humana en un momento determinado de la historia.

La historia es un espacio de relaciones entre seres humanos libres que toman decisiones que afectan a unos y a otros. La libertad es una característica del individuo relacionado con otros, pues la socialidad es una condición de la vida humana.

La política como vinculación entre ciudadanía mundial y ética humana es clave. La sostenibilidad de la vida en el planeta depende de los valores que motiven las decisiones y den sentido a la vida de calidad a la que se aspira.

La ética que puede esperar decisiones de largo aliento está asociada a valores como la solidaridad, la austeridad en el uso de los recursos, la productividad en función del bien común, la búsqueda de la justicia social, la valoración de la diversidad cultural y la sustitución de la fuerza por el dialogo y la negociación como los instrumentos para “imponer” las decisiones.

Habría que añadir que lograr ubicarse desde la mirada de los pobres y excluidos es la mejor perspectiva para tomar decisiones que beneficien al conjunto de la humanidad. Ubicarse en otra posición significa correr el riesgo de mantener o ampliar

la exclusión que la actual estructura de relaciones culturales, sociales, económicas y políticas ha producido.

Hasta donde ha alcanzado la creatividad política del ser humano la democracia se considera el mejor modo de tomar decisiones políticas. Al mismo tiempo es necesario reconocer las limitaciones que tienen las democracias que existen y han existido en la era moderna. El cambio de época coloca grandes desafíos a la democracia como mecanismos de toma de decisiones políticas. La democracia, requiere la desconcentración del poder mientras que la globalización ha sido, en buena parte, una experiencia de concentración del poder en menos manos.

La democracia funciona por la libre circulación de la información y la capacidad de los pueblos e individuos de tener acceso a la información pertinente para participar en los procesos de toma de decisión que afecten al conjunto. Si bien se han ampliado los medios de transmitir la información y la facilidad de tener acceso a ellos, la globalización ha producido una homogenización de la información. La formación de los ciudadanos para manejar los volúmenes de información que hoy se producen es una de las carencias de la democracia actual. La democracia requiere la participación libre, mientras las condiciones reales en que vive la mayor parte de los habitantes del planeta están lejos de garantizar la libertad de personas, cultura y pueblos.

La mundialización pone en cuestión algunas de las convicciones de la era moderna. Por ejemplo, un aspecto en extremo sensible en esta zona fronteriza y en este momento, el concepto de soberanía nacional y la imposición de las decisiones por la mayoría de votos, aunque se reconozca la representación de las minorías.

La soberanía nacional no puede ser un valor absoluto en una época que se pretenda inspirada por un proyecto mundial compartido, cuya realización depende del uso de todos los recursos del planeta en las condiciones diseñadas en el proyecto común. Los límites de la soberanía nacional como se ha entendido en la época moderna se han puesto claramente de manifiesto en situaciones de clara violación masiva de los derechos humanos, genocidios o limpiezas étnicas en una determinada nación-Estado. Si bien reconocimiento de la soberanía de las naciones sirvió, en su

momento, para limitar los poderes colonizadores, hoy es necesario evitar que su ejercicio se convierta en obstáculo a un uso racional de los recursos naturales, la interacción económica, el manejo de la información y la preservación de la diversidad cultural.

La profundización de la democracia como se ha venido practicando en los países modernos exige la creación de formas más complejas de alcanzar decisiones a la de la mayoría de votos o el veto impuesto por los más poderosos. La formulación de un horizonte compartido de futuro y la aceptación de valores que aseguren la visión de largo plazo pueden dar pie a la generación de “reglas de juego” y mecanismos de toma de decisión que no dependan del poder actual de algunos actores o de la mayoría circunstancial de los que solo son capaces de reconocer los intereses inmediatos.

Cuarto desafío fronterizo: la Universidad de la nueva cultura

Un cambio de época es, en el fondo, un cambio cultural, un cambio en la cosmovisión desde la que nos comprendemos como seres humanos y en la que se encuentra sentido a las acciones que emprendemos en cualquier campo de la vida humana. La Universidad centra su razón de ser y toda su actividad, precisamente, en el campo cultural. En la Universidad se piensa, se crea conocimiento, se transmite la cosmovisión, se hace patente la tradición y se mantiene la memoria histórica de la humanidad.

El futuro lo estamos haciendo con las decisiones del presente alimentadas de la memoria del pasado. Participar consciente y activamente en el proceso de humanización de la historia global del mundo es una dimensión retadora de la actividad universitaria actual. El futuro no existe como una derivación automática del presente, por el contrario, el futuro requiere ser “inventado” a partir de la experiencia y de la conciencia de ser protagonista de un cambio de época.

La Universidad forma parte de las instituciones llamadas a alentar la diversidad cultural propia de la creatividad humana a lo largo de la historia, promover la justicia social en la producción y distribución de los bienes civilizatorios y propiciar la

vigencia de los derechos humanos en todas las relaciones sociales. Su capacidad de crear pensamiento orientado a la formulación de un sistema de ideas para el desarrollo sostenible y transmitir conocimiento, de una manera adecuada a la sensibilidad de las generaciones más jóvenes, para formar constructores de nuevos caminos y pensadores independientes, la coloca en una condición privilegiada para contribuir a orientar la globalización en la dirección de la humanización de la historia.

La Universidad puede ser un espacio de libertad creativa, que se nutra de la diversidad de las expresiones culturales presentes en la tradición histórica de la humanidad, alimente su desarrollo y propicie su intercambio en busca de nuevos horizontes para todos los seres humanos.

Los procesos de integración regional, de globalización y mundialización están exigiendo a la Universidad una transformación profunda que le permita estar en la vanguardia de la creación humana. Realizar esa transformación es una oportunidad que puede aprovecharse o dejarse pasar.

Transformar la Universidad en una institución que contribuya consistentemente a la humanización de la mundialización supone una decisión consciente de los universitarios, especialmente de los responsables de su orientación.

Quinto desafío fronterizo: una Universidad pertinente

Vivimos un momento en el que se pone a prueba la capacidad ciudadana de la vida universitaria. Es muy difícil ser ciudadano y universitario cuando se asocia o confunde nación y Estado o nacionalismo y estatismo, es decir, cuando quienes controlan el Estado pretenden también adueñarse de la soberanía, definirla a su conveniencia y representarla con exclusividad.

La Universidad es una institución en tensión entre su razón de ser trascendental y su esencial función social educadora. Aunque puedan parecer y el lenguaje lo vaya imponiendo, Universidad y “Educación Superior” no son exactamente lo mismo.

La Universidad que se limita a capacitar y otorgar títulos profesionales no realiza de un modo completo su misión ni cumple plenamente con su responsabilidad social. Las Universidades no pueden concebirse como centros de capacitación

profesional y conformarse con transmitir técnicas y conocimientos que permitan a sus egresados ejercer una profesión con competencia y servir eficazmente a la sociedad. La Universidad es una institución que forma integralmente porque transmite, antes que nada, su *ethos* propio que hace posible a sus estudiantes crecer en libertad y autonomía personal hasta alcanzar la madurez humana suficiente para ejercer una vida profesional de servicio a la sociedad.

Esta tensión entre el fin de la Universidad y su función educadora se hace aún más difícil de vivir en momentos de crisis política, más aun si esta se centra en una aguda lucha por el poder. En estos momentos de crisis aguda los actores sociales que luchan por el poder político echan mano de todo lo que encuentran a su alcance para convertirlo, utilitariamente, en instrumento de su objetivo inmediato, a saber, consolidarse en sus posiciones. La Educación Superior, y especialmente la Universidad dentro de ella, se convierten así en uno de los objetivos más apetecible.

La Universidad tiene la obligación y la posibilidad de “dar pelea” por mantener la tensión vital que la caracteriza y evitar la subordinación a intereses coyunturales por parte de agentes externos o internos a ella. La primera condición para ello es confirmar expresamente la identidad propia de la Universidad como una comunidad de intereses espirituales unida en la tarea de la búsqueda de la verdad.

La búsqueda de la verdad es el fundamento ético de la actividad universitaria. La búsqueda de la verdad es una dimensión irrenunciable del ser humano libre, capaz de elegir el camino de su vida y, junto con los otros, el de la historia.

Bien sabemos que la libertad humana siempre es situada y la verdad que se alcanza a formular siempre es incompleta y provisional. Elegir es un acto de valor, es decir, que requiere la valentía de tomar decisiones y actuar de acuerdo a los valores fundamentales del ser humano uno de los cuales es, sin duda, la verdad. Buscar la verdad, formularla provisionalmente, está asociado a la creación de conocimiento en su más variada forma.

Que un grupo de seres humanos se relaciones entre sí, unidos por el interés espiritual común de buscar la verdad, es una consecuencia necesaria de la socialidad humana. Una comunidad dedicada a esa tarea íntimamente relacionada con la misma

razón de ser de la persona y la sociedad no es para guardar sus preguntas y conservar en secreto sus hallazgos. Necesita compartirlos, transmitirlos en forma sistemática y productiva a través de proceso de formación integral de profesionales y sirviendo a la necesidad de aprender a lo largo de toda su vida que tienen los seres humanos y sus organizaciones sociales.

La Universidad es por tanto, una institución que nace de necesidades fundamentales de la sociedad. A la legislación que regula la actividad de la sociedad le corresponde reconocer esa razón de ser y misión de la Universidad y dotar al Estado de las condiciones e instrumentos para que pueda cumplirla a cabalidad. Entre las condiciones indispensables para el cumplimiento de la misión de la Universidad está la autonomía necesaria para integrar una comunidad plural y pluralista, dedicada al trabajo interdisciplinario y transdisciplinario, en el que el dialogo entre las diferentes disciplinas científicas y los diversos enfoques en ellas, contribuyan a la creación de pensamiento y al hallazgo de la verdad.

Una Universidad no puede sino ser socialmente pertinente. Su razón de ser la ata al devenir social. Es a la Universidad a quien más le interesa estar en comunicación permanente con todos los sectores de la sociedad, contribuir al desarrollo económico, social y cultural, fortaleces las instituciones locales, regionales, nacionales e internacionales. La formación integral de sus estudiantes solo es posible en esta relación. Es la Universidad a la que más le interesa que todos los miembros de la sociedad tengan acceso a ella, sin más restricciones que su vocación y su capacidad demostrada en la eficiencia de su rendimiento en el exigente proceso de formación integral universitaria que comprende la superación académica, el compromiso con la sociedad desde la Universidad y la maduración personal consistente con las responsabilidades que se derivan de la obtención de un título universitario. La equidad universitaria está vinculada al cumplimiento de estos parámetros.

La creación de conocimiento y la mirada crítica a la realidad son funciones sociales de la Universidad posibles en la medida en que ella este entrelazada con la sociedad. La pertinencia social lleva a reconocer el carácter público de la Universidad y el papel del Estado en la supervisión del cumplimiento de su misión en función del

Bien Común. La pertinencia social de la Universidad se mide por la capacidad que ella tenga de contribuir efectivamente a una memoria histórica compartida que funde una cultura política democrática, impulse la Justicia Social, incida efectivamente en estructuras sociales que propicien la seguridad y la paz, fomente la creatividad ante la complejidad de la situación y establezca puentes efectivos con todos los actores e instituciones sociales.

La calidad de la Universidad no se improvisa ni se decreta. La calidad universitaria está directamente vinculada a la calidad de los miembros que integran la comunidad de intereses espirituales unidos honestamente en la búsqueda de la verdad, como fermento de una sociedad de seres libres en busca de la Justicia Social, a través de la solidaridad.

Sexto desafío fronterizo: superar el miedo

Montesquieu nos advirtió, hace bastante tiempo: “lo único que necesita el despotismo es el miedo. La virtud no le hace ninguna falta y el honor sería peligroso”.

El miedo vacía de sentido la vida humana porque pretende mantenerla al borde de la muerte. Cuando el temor a la muerte se apodera de una persona, una institución o una sociedad, pasa a ser esclava, pues renuncia en la práctica a los principios y valores que podrían darle vida, a cambio de conservar un respiro, aunque sea pequeño y sin alma.

La eficacia política del terrorismo, en cualquiera de sus expresiones, es precisamente esta, hacer del miedo el modo de controlar la cotidianidad, bajo amenaza permanente de eliminar a quien pretende salirse de los límites impuestos de esta manera. La vida en la frontera sufre esta amenaza permanente.

Cada día más, nuestra región fronteriza se llena de miedo. Los habitantes de esta extensa frontera colombo-venezolana tienen sobradas razones para vivir atemorizados. La situación de violencia creciente que vivimos y la pérdida del aprecio por la vida de los otros, son motivos para generar miedo. Cada uno de nosotros tiene alguna historia de violencia que contar porque le ha tocado de cerca

personalmente, a algún familiar o persona cercana. Otra fuente de miedo es la incertidumbre frente al futuro.

El miedo bloquea la posibilidad de reconocer al otro y sus potencialidades, base fundamental de cualquier propuesta humana. La Universidad supera esas limitaciones desde la coherencia con su modo de ser porque:

- A. Tiene la visión para descubrir el talento, el potencial y la dignidad de cada persona.
- B. Posee el coraje, la pasión y el compromiso para desbloquear ese potencial e impulsar el máximo desarrollo de cada persona.
- C. Propicia la lealtad y el apoyo mutuo como bases del trabajo en equipos unidos por los mismos fines.

Para concluir

El siglo XXI es la oportunidad de la incorporación de Venezuela a la modernidad-posmoderna, es decir, mundializada, asociada al cambio de civilización resumido en el paso de la sociedad industrial a la sociedad del conocimiento. En ese proceso la universidad tiene un papel crucial.

La generación que está hoy en la Universidad tiene la hermosa oportunidad de diseñar y realizar el modelo de país que sueñan para ustedes y sus hijos. Eso requiere:

- A. Politizarse.
- B. Concienciar la cultura posmoderna-mundializada.
- C. Participar activamente en la formulación y realización de una estrategia de país y región.

En el siglo XXI no se puede venir a la Universidad a “estudiar” para ingresar al mundo de los profesionales.

Finalizo con palabras del P. Kolvenbach: “Como decíamos al comienzo, el ser humano está rodeado de todo tipo de fronteras exteriores e interiores. Pero atención; las situaciones de frontera no crean automáticamente la capacidad de superarlas. Al contrario, la conciencia de tantas fronteras supone y reclama hombres y mujeres que

hayan tenido la experiencia previa de la liberación de lo que les espera de Dios y de sus hermanos.

Esta fue la intuición de Ignacio de Loyola: crear personas libres, capaces de superar situaciones de alto riesgo, al rebasar la primera frontera del corazón. El ser humano unificado interiormente se encuentra en capacidad de servicio para rebasar también las fronteras geográficas, económicas, políticas, raciales, culturales.”

Conferencia Central

I SEMINARIO INTERNACIONAL: LA FRONTERA EN SU TEJIDO SOCIAL

13-14 octubre y 2-4 de noviembre de 2006